

Zapata y los pueblos contra el olvido

Anna Ribera

Samuel Brunk, *Emiliano Zapata. Revolution and Betrayal in Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1995, 360 pp.

En 1943 Jesús Sotelo Inclán publicó *Raíz y razón de Zapata*, estudio sobre el pueblo de Anenecuilco y el ambiente que formó y definió el carácter revolucionario de Emiliano Zapata. En 1970 John Womack escribió *Zapata y la Revolución mexicana*, primer gran estudio sobre el movimiento revolucionario del sur. A partir de este trabajo general sobre la revolución zapatista las investigaciones sobre el tema se concentraron en aspectos parciales, en facetas específicas de la misma. La búsqueda de nuevas fuentes para su estudio, la organización y catalogación de archivos de documentos zapatistas, la realización de entrevistas con testigos y veteranos de la lucha, ocuparon a los historiadores dedicados al tema en los años siguientes.

No fue sino hasta 1995 que se publicó un trabajo que intenta de nueva cuenta dar una visión general, apoyado en todo ese cuerpo documental localizado, creado y ordenado en los años anteriores. *Emiliano Zapata. Revolution and Betrayal in Mexico*, de Samuel Brunk, propone un nuevo análisis global, no a partir de la Revolución, sino de la propia biografía de su dirigente. Lo que interesaba a Sotelo y a Womack, dice Brunk, era el movimiento en su conjunto, sus antecedentes, sus contornos, sus éxitos y fracasos y no el hombre que a veces quedaba perdido en la vorágine. Ambos autores, sostiene, por momentos minimizaron la importancia de elecciones y

acciones individuales y tendían a argumentar, como Womack sostuvo alguna vez, que Zapata era perfectamente representativo de los sentimientos de su pueblo.

En estos trabajos las conclusiones comunales se imponen y el protagonismo del dirigente se diluye en aras de las interpretaciones que ponen a la comunidad por encima del individuo. Brunk se propone una tarea distinta: la de desentrañar al Zapata real de su gemelo mítico, aunque, dice, aun con la mejor documentación, el individuo sea escurridizo y difícil de asir. El principal objetivo del libro es construir una biografía política de Zapata y demostrar con ella que sus decisiones y acciones personales tuvieron un impacto determinante en la historia de la Revolución mexicana.

Construido en ocho capítulos más un epílogo, Brunk, siguiendo un orden estrictamente cronológico, inicia su obra con una reconstrucción de la historia del estado de Morelos y de sus luchas agrarias, describiendo cómo el porfiriato agudizó el proceso de concentración de las tierras en poder de las haciendas. El conflicto electoral de 1909 entre Pablo Escandón, el candidato de Porfirio Díaz, y Patricio Leyva, el candidato de una oposición dispersa y difusa, así como los conflictos de Anenecuilco y Villa de Ayala frente a la Hacienda Hospital, van perfilando la aparición y consolidación de Emiliano Zapata como dirigente local que alcanzará una presencia nacional a partir de la revolución maderista de 1911. El alzamiento de tipo guerrillero en Morelos pasó de la cercanía con el maderismo a su distanciamiento y, finalmente,

ruptura. El rompimiento, producto de la política de licenciamiento de tropas y de la ocupación militar dirigida por Victoriano Huerta primero y Juvencio Robles después, resultó en el nacimiento del zapatismo, certificado en el Plan de Ayala, que daría legitimidad propia al movimiento y que mantendría la convicción de que su revolución regional requería ligas nacionales. La Decena Trágica cambió el escenario, pero solamente en parte. Victoriano Huerta intentó negociar: ofreció tropas, posiciones políticas y seguridad personal así como pensiones para viudas y huérfanos y resolución "tan pronto como sea posible" del problema de tierras. Pero todo ello iba acompañado del sostenimiento de la ofensiva militar. Quedaba claro que las pláticas de paz no tendrían éxito. Juvencio Robles mantuvo sus políticas de ejecuciones sumarias, quemas de pueblos y terror generalizado. A pesar de ello el zapatismo se expandía: Morelos, Guerrero, Puebla y el Estado de México. Con ello nuevos problemas y retos: necesidad de controlar los conflictos entre pueblos y zapatistas y de organizar más formalmente la revolución, sobre todo tras la derrota y renuncia de Huerta en agosto de 1914. A partir de entonces el reto fue nacional y para ello hubo que entablar relaciones con los constitucionalistas.

Brunk aborda aquí temas de gran interés, como las diferencias entre zapatistas respecto a la forma de relacionarse con las otras facciones, unos en el plan más negociador, otros más intransigentes, Zapata, más inclinado a una diplomacia flexible, y gente urbana como Palafox, más

rígida en términos ideológicos y por lo mismo menos proclive a llegar a acuerdos. Esto se haría mucho más evidente en la etapa final del movimiento, cuando ya en desbandada las diferencias entre jefes se agudizaron. El autor analiza también la relación del ejército zapatista con los pueblos. Los jefes intentaron permanentemente evitar el saqueo y los abusos de la tropa para poder mantener la simpatía y el apoyo a la revolución. Aun así hubo algunos jefes que permitieron desmanes y con ello recibieron reprimendas de la Comandancia General. El sistema de cooperación cercana entre la guerrilla y las comunidades, que funcionó bastante bien entre 1911 y 1914, empezó a resquebrajarse, también, cuando el zapatismo tuvo que irse replegando ante el avance constitucionalista a partir de 1915. Apoyado en documentos y reclamaciones de los diferentes archivos zapatistas, Brunk da cuenta de las denuncias que permanentemente hacían los pueblos de la conducta de las tropas dentro de sus límites y de la forma en que se apropiaban de los haberes. También lo hace de la forma en que en múltiples ocasiones el propio Zapata solapó y protegió a jefes que, actuando en forma claramente contraria a las normas disciplinarias establecidas por el Cuartel General, tenían con él relaciones familiares o de compadrazgo, como fue el caso de Antonio Barona, alcohólico consuetudinario, promotor de violencia desenfrenada a quien nunca se le reprendió por sus desmanes.

Otro tema relevante que Brunk aborda es el de la relación de Zapata con la Convención y con el poder de alcance nacional. Una vez derrotado Huerta, se abrió ante los distintos grupos revolucionarios la perspectiva del gobierno nacional. Los carrancistas ocuparon la ciudad de México y Zapata exigió el reconoci-

miento del Plan de Ayala. Los contactos entre unos y otros iniciaron. Zapata se comunicó con Villa, con Lucio Blanco, con Villarreal, con Cabrera. Al final se impuso la intransigencia de ambas posturas. Los antecedentes y la educación de Zapata, dice Brunk, no le permitían alcanzar la política nacional. Era necesario algún tipo de liderazgo exterior para que los campesinos rebeldes pudieran operar en la escena nacional de manera efectiva. La Convención y la alianza con Villa abrieron esa posibilidad. Pero el hecho es que una vez instalado el gobierno convencionalista en la capital, Zapata regresó a Morelos dejando en el gobierno formal la encomienda de presentarlo a él y a sus generales en la tarea de revisar la Constitución de 1857 para que la reforma agraria fuera incorporada como política nacional y para descentralizar el poder con el fin de que los municipios tuvieran mayor libertad. Zapata, ahora en la necesidad de decidir entre gobernar su región, participar en un régimen nacional y continuar una guerra civil, se decidió por lo primero y las otras dos cuestiones se le fueron complicando. Se instaló en Tlaltizapán durante varios meses, haciendo un intento imposible de volver a la vida privada y ocupándose del reparto agrario, mientras a través de una difícil relación con Roque González Garza intentaba salvar a la Convención. Álvaro Obregón recuperaba entretanto la capital y derrotaba a Villa en el Bajío.

Así como los problemas internos del zapatismo se habían ido diluyendo en su época de ascenso, al iniciarse su declive se agudizaron y se complicaron. Brunk analiza cómo a partir del verano de 1915 el antiguo problema del equilibrio entre disciplina y democracia en los pueblos, que Zapata no podía traicionar, continuó resistiéndose a cualquier so-

lución cómoda. Además las disputas entre pueblos se hicieron cada vez más frecuentes, lo mismo que las dificultades entre jefes —como en el caso de De la O y Palafox—. Con la pérdida de la capital hubo un claro deterioro en la moral zapatista y con la crisis del azúcar y la vuelta a la economía de autoconsumo empezó a haber problemas para pagarle a las tropas. El propio Zapata, que había acogido a algunos ex federales como Higinio Aguilar, Benjamín Argumedo y Juan Andrew Almazán, empezó a obsesionarse con la posibilidad de una traición. Los pueblos, agobiados por la represión carrancista a cargo de Pablo González, paulatinamente fueron dejando de colaborar; las deserciones se sucedieron; algunos de los principales jefes, como Lorenzo Vázquez, murieron en escaramuzas o asesinados por otros zapatistas, como Eufemio Zapata. Otilio Montaña, autor del Plan de Ayala, fue ejecutado por traidor. Manuel Palafox dejó el movimiento. Gildardo Magaña fue a partir de entonces el encargado de buscar alianzas nacionales, pero ya parecía ser tarde. Venustiano Carranza tenía ahora la legitimidad de haber ganado unas elecciones presidenciales y el impacto de la Constitución de 1917 y su artículo 27 tuvieron un efecto desmovilizador, aunque Zapata considerara que si ya era malo que el Estado tuviera el poder de redistribuir tierras, se volvía peor estando Carranza en la presidencia. La búsqueda de Francisco Vázquez Gómez como último intento de revitalizar al movimiento reflejaba la desesperanza del mismo. La muerte a traición a manos de un personaje de poca monta como Jesús Guajardo aparece como un desenlace ineludible.

Emiliano Zapata. Revolution and Betrayal in Mexico, de Samuel Brunk, aporta al estudio del zapatismo algunos análisis interesantes como los que aquí hemos mencionado y

que se refieren a la relación del movimiento con los pueblos y de los pueblos entre sí, a la dificultad de mantener la disciplina entre las tropas y entre los propios jefes, a la imposibilidad de rebasar los límites regionales y acceder al control de la política nacional y a la relación de los jefes rurales con los intelectuales urbanos como Palafox, que no lograron desarrollar una diplomacia efectiva en el momento álgido de la revolución.

El autor aclara al final de la obra su interpretación de la Revolución

mexicana deslindándose de las posiciones revisionistas y ubicando su obra en una síntesis entre éstas y las posiciones tradicionales, y adscribiéndose a la interpretación de Alan Knight y su *La Revolución mexicana*. Su investigación, sugiere, puede servir de soporte a esa interpretación intermedia. Si bien su zapatismo no es glorioso ni immaculado, sino violento y a menudo dividido, y apunta los problemas de la revolución agraria señalando los conflictos del comunismo campesino, se rehúsa a catalogar la revo-

lución como un fraude. La revolución tuvo claros orígenes campesinos que dan legitimidad a su carácter popular. Zapata, por su parte, dice Brunk, estaba demasiado cerca de la tierra, de la historia mexicana, para ser un héroe immaculado. Tal vez es por ello, por el indisoluble vínculo entre la personalidad del jefe y el torbellino en que vivió, que esta historia de Brunk, finalmente, no es del todo una biografía política y es, en mucha mayor medida, la historia de la lucha de unos pueblos que se negaban a desaparecer.

El mundo laboral y los modos de historiarlo

Antonio Ibarra

Brígida von Mentz, *Trabajo, sujeción y liertad en el centro de la Nueva España*, México, CIESAS, 1999, 469 pp.

Me atrevo a iniciar con lo que el apetito bibliófilo advierte: como libro-objeto es notable: bien ilustrado, cuidadosamente editado, con pulcritud tipográfica y generosa exhibición de fuentes—algo tan poco comprendido por los editores. Sin embargo, la densidad teórica del texto se corresponde con su volumen. Es una investigación larga, una reflexión densa y una exposición detallada, con lo cual se pueden explicar las dimensiones del texto: 470 páginas para llevar.

El título, como leemos, es sobrio para el contenido del texto. Me explico: a medida que leí el texto pude advertir que no se trataba solamente de un libro temático sobre el “mundo laboral”, que no es tampoco una monografía histórica sobre el centro de México en la época colo-

nial. El trabajo es, para decirlo en breve, una consistente reflexión con un decantado trabajo de investigación histórica que encierra años de esfuerzo. No es sólo un libro apetecido por los “especialistas” del tema o de la región: es una madura interpretación de la historia social de México hecha por una historiadora rigurosa e inteligente que rebasa los marcos mismos de su temática y de su temporalidad.

Ahora bien, agobiados como estamos en el medio académico de leer monografía tras monografía que nos muestran nuevas fuentes, mejores datos, tímidas interpretaciones y abusivas bibliografías que los respaldan, el trabajo de Von Mentz es una pieza peculiar. Primero, porque expresa muy claramente la adopción de una postura teórica; segundo, porque se propone probar la utilidad de un modelo de reflexión filosófica a la historia y, por último, se decide por “aplicarlo”—si se me permite— a un contexto histórico;

contexto que conoce y domina documental e historiográficamente. Conformes, todo ello, en el mismo libro.

Es, por todo, un libro poco usual en la bibliografía académica reciente, pero también un texto de reflexión filosófica densamente ilustrado con escenarios históricos. Probablemente a un historiador académico le resulte pesado el enfoque y las disquisiciones teóricas, como a un filósofo tal cuidado en el manejo de los datos y las fuentes documentales. Pero si lo leemos desprejuiciadamente, el libro merece la inversión intelectual.

Tres palabras sobre el enfoque y los modos de hacer historia

Mi querido maestro, Ruggiero Romano, solía lamentarse de que con la “desaparición teórica” del marxismo la reflexión histórica se había quedado sin un contrincante de calidad. Huelga decir que disfrutaba ironizar sobre la concepción “mate-